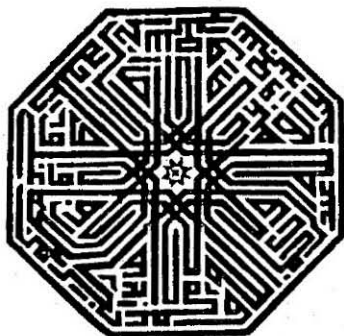


REPÚBLICA ÁRABE DE EGIPTO
MINISTERIO DE EDUCACIÓN SUPERIOR

REVISTA
DEL INSTITUTO EGIPCIO DE
ESTUDIOS ISLÁMICOS EN MADRID

Las ciudades del Andalus:
GRANADA



VOLUMEN ESPECIAL
1996, Primer Aniversario
del maestro don Emilio García Gómez.

REVISTA DEL INSTITUTO EGIPCIO
DE ESTUDIOS ISLAMICOS EN MADRID

Eloísa Llaveró Ruiz

REALIDADES GRANADINAS ENTRE LA CIENCIA Y LA VIDA



REALIDADES GRANADINAS ENTRE LA CIENCIA Y LA VIDA

(I)

EL JARDIN BOTANICO DE GUADIX: ¿REALIDAD O FICCION?

Diversos autores han nombrado y alabado este jardín botánico. Atribuyen su autoría a Muḥammad al-Šafra (c. 668/1270-761/1360) y pretenden que lo realizó para el sultán nazarí Abū l-Ŷuyūš Naṣr (708/1309-713/1314). De ser esto cierto, podríamos pensar que la creación de este jardín tuvo lugar durante el tiempo en que al-Šafra fue médico de cabecera de Naṣr y, más concretamente, durante el período de destierro del sultán, tras su derrocamiento, en la ciudad de Guadix, es decir, entre los años 713/1314-722/1322 (1).

A partir de los datos que poseemos, no podemos llegar a ninguna conclusión definitiva sobre si realmente existió o no un jardín botánico en Guadix durante la época nazarí, y será el tiempo el que se encargue de proporcionarnos, en cualquier momento, los datos necesarios para dar por cierta o anular la teoría que voy a exponer en las líneas siguientes. A pesar de que, como he dicho, las conclusiones a las que he llegado, tras analizar el tema en profundidad, no son definitivas, me ha parecido conveniente darlas a conocer a todos aquellos que estén interesados en el tema.

Las historias que se han escrito sobre el jardín botánico son numerosas y, en principio, resultan bastante atrayentes, como podemos comprobar:

(1) Cfr. Llaveró Ruiz, E., «La medicina granadina del siglo XIV y Muḥammad al-Šafra», *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, 6 (1992), páginas 129-150.

«Tuvo, en Guadix, un jardín botánico, en donde se dedicó a reunir y estudiar todas las plantas raras y curiosas, recolectándolas por sí mismo y para lo cual hubo de aventurarse por los lugares más abruptos y las comarcas más salvajes» (2).

«Ibn al-Jaṭīb précise qu'al-Šaḡra aménagea dans la residence royale de Guadix un jardin botanique fort bien installé» (3).

«Así, la tradición de los herbarios (...) alcanzó un amplio desarrollo en los siglos posteriores (...) hasta el más famoso de ellos, que fue creado por el preclaro Muḡammad 'Alī b. Faraḡ en Guadix para esparcimiento del sultán almohade Muḡammad al-Nāṣir. Este jardín botánico cuya fama traspasó las fronteras hispanas, debió de ser modelo en su género al decir de los comentaristas del tiempo y acredita la amplia experiencia botánica de su fundador» (4).

«Tenía en Guadix un jardín botánico, costeado por el reyezuelo independiente, donde se cultivaban todas las plantas medicinales conocidas, y en cuyas glorietas se daba clase de farmacología vegetal, aprendiendo los alumnos a conocer las especies farmacéuticas y a prepararlas al modo oficial (...) se vendían al público [las plantas] mediante recetas firmadas por médicos examinados» (5).

Después de una búsqueda exhaustiva en todas las historias de la provincia de Granada, en libros de geografía, libros de viajes, historias de la ciencia y de los tratados de agricultura y en otras obras que pudieran recoger alguna noticia más concreta sobre el tema, sólo encontré referencias secundarias que no aclaraban el

(2) Cfr. Al-Abbādi, M., «Muḡammad V, al-Gānī bi-l-lāh, Rey de Granada (755-760 H. = 1354-1359 y 763-793 H. = 1362-1391)», *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos (RIEII)*, 14 (1967-1968), p. 161; el mismo, *El reino de Granada en la época de Muḡammad V*. Madrid, IEEL, 1973, p. 203.

(3) Cfr. Arié, R., *L'Espagne musulmane au temps des naṣrides (1232-1492)*. París, De Boccard, 1973, p. 432, nota 7. Esta noticia aparece ya rectificada, a partir de mis datos, en la nueva edición (París, De Boccard, 1990), p. XXXVIII.

(4) Cfr. Cola Alberich, J., *Los naturalistas hispano-musulmanes de al-Andalus*. Tetuán, Instituto General Franco para la Investigación, 1947, p. 25. Cola Alberich (pp. 29, 70-71), además, nos dice que al-Šaḡra era cordobés y que aparece citado en el *Kitāb al-Filāḡa* de Ibn al-'Awwān (s. VI/XII-VII/XIII), al confundirlo con Ibn Abī Šuḡra; sobre este último autor, véase: Ibn al-'Awwān, *Libro de agricultura*. Traducido al castellano y anotado por José Antonio Banqueri. Estudio preliminar y notas de J. E. Hernández Bermejo y E. García Sánchez. 2 vols., Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1988 [Reimpresión de Madrid, Imprenta Real, 1802], II, pp. 677, 679.

(5) Cfr. Fernández Martínez, F., *La medicina árabe en España*. Barcelona, Editorial Juventud, 1936, pp. 176, 185.

dilema que nos ocupa: «El jardín botánico de Guadix ¿es una realidad o una ficción?».

Ni siquiera en el Archivo Histórico de Guadix, en los **Apeos de labranza** (6) o en los Catálogos del Archivo General de Simancas (7), había recogida ninguna noticia al respecto.

Dado que las únicas noticias fiables en torno a la persona y educación de Muḥammad al-Šafra —salvo las que él mismo nos proporciona en su **Kitāb al-Istiqṣā'**— (8) proceden de la biografía que Ibn al-Jaṭīb (713/1313-775/1374) le dedica en la **Iḥāṭa** (9), decidí estudiar minuciosamente dicha biografía. Para este estudio me serví no sólo del texto que aparece en la edición de 'Inān, sino que también consulté el manuscrito de la **Iḥāṭa** que se encuentra en El Escorial (10) y una copia de este último que existe en la Biblioteca Nacional (11) —ya que algunos de los autores aludidos citaban como fuente de información la copia manuscrita de la **Iḥāṭa** y no el texto impreso.

Después de haber comprobado que ninguna de las copias de la **Iḥāṭa** contenía la más mínima referencia al jardín, pasé a analizar con mayor profundidad todas las noticias biográficas secundarias de al-Šafra, en las que se mencionaba la historia del jar-

(6) Cfr. **Apeos de las heredades de Guadix y lugares de su Jurisdicción y el Marquesado del Zenete**, Archivo de la Real Chancillería de Granada: **Libros de población** (Cabina 216, D-6).

(7) Cfr. Archivo de Simancas: **Registro General del Sello**. 12 vols., Valladolid, 1950-1974; Archivo General de Simancas, Catálogo I: **Diversos de Castilla (972-1716)**, por J. Paz. Madrid, 1969; Catálogo V: **Patronato Real (834-1851)**. Revisión e índices finales por A. Prieto Cantero. Valladolid, 1946.

(8) Cfr. *supra* nota 1, pp. 132-138.

(9) Cfr. Ibn al-Jaṭīb, **al-Iḥāṭa fī aḡbar Garnāṭa**, Ed. 'Abd Allāh 'Inam. 4 vols., El Cairo, 1973-1978, III, pp. 179-180.

(10) Cfr. Ibn al-Jaṭīb, **al-Iḥāṭa fī ta'rij Garnāṭa**, ms. 1673 de la Real Biblioteca de San Lorenzo de El Escorial (Madrid), p. 147 (Cfr. Derenbourg, H., **Les manuscrits arabes de l'Escorial**. Tome troisième: Théologie-Géographie-Histoire, París, 1928, páginas 200-201). La biografía de al-Šafra en este manuscrito es menos extensa que la recogida en la edición de 'Inān mencionada en la nota anterior.

(11) Cfr. Ibn al-Jaṭīb, **al-Iḥāṭa fī ta'rij Garnāṭa**, ms. 4891-4892, pp. 278-279, correspondiente a los números XXVII-XXXIII del **Catálogo de los manuscritos árabes de la Biblioteca Nacional de Madrid**, Madrid, 1889, p. 13.

dín, para establecer cuál de ellas era la más antigua y la que había podido dar origen a las demás.

Dicho estudio me puso de manifiesto que el primero en ofrecer esta noticia es Casiri, quien utilizó una copia fragmentaria de la *Iḥāṭa* (12) para elaborar la biografía de al-Šaḫra. Esto me hizo plantearme dos cuestiones: en primer lugar, la noticia del jardín debía aparecer sólo en la copia de la *Iḥāṭa* utilizada por Casiri, ya que no está en los demás manuscritos; y, en segundo lugar, al leer el códice de la *Iḥāṭa*, Casiri debió interpretar mal la última parte, según vemos a continuación:

Dice Ibn al-Jaṭīb:

«wa-'alaḫa al-sultān Naṣr al-mustaḡarr bi-Wādi Āš wa-qaḍ ṭaraqa bi-hā marḍ wāfid» («y trató al sultán Naṣr, residente en Guadix, pues había entrado en esta ciudad una enfermedad epidémica») (13).

Traduce Casiri:

«Nasserī, urbis Accitanæ ea tempestate Regis, electus Medicus Hortum herbarium in aedibus Regis quàm cultissimum instruendum curavit» («Elegido médico por Naṣr, rey en ese tiempo de la ciudad de Guadix, se ocupó de un jardín botánico muy cuidado en las dependencias reales») (14).

A partir de la segunda hipótesis planteada, podemos comprobar que Casiri debió tomar el verbo *'alaḫa* en el sentido de «cuidar de algo» y no en el de «cuidar o tratar a una persona de una enfermedad», como lo emplea Ibn al-Jaṭīb. Este cambio dio lugar a la omisión del tratamiento de Naṣr ofreciéndonos en su lugar la famosa noticia del jardín, y como la copia utilizada estaba en mal estado según él mismo confiesa (15), pudo interpretar Casiri algún borrón, palabra incompleta o laguna como jardín botánico.

En conclusión, me atrevo a decir que todas aquellas personas que dan la noticia del jardín botánico no han tenido más fuente

(12) Cfr. Casiri, M., *Bibliotheca arabico-hispana escurialensis*. 2 vols., Osna-brück, Biblio Verlag, 1969 [Reimpresión de Madrid, Pérez de Soto, 1760-1770], II, página 71.

(13) Cfr. *al-Iḥāṭa*, Ed. 'Inān, III, p. 180; ms. 1673 de El Escorial, p. 147 (uonde, debido a la poca claridad del texto, además de *marḍ wāfid* —como recojo aquí—, también puede leerse *farṣ wabā*); y ms. 4891-4892 de la Biblioteca Nacional, p. 279 (donde, en lugar de *marḍ wāfid* y *farṣ wabā*, sólo se lee *farṣ*).

(14) Cfr. Casiri, *Bibliotheca*, II, p. 89.

(15) Cfr. *supra*, nota 12.

de información que Casiri, ya sea directamente, a través de su obra, o indirectamente, a través de otros autores —como sucede con Leclerc— (16), aunque todos citen directamente la *Iḥāṭa* como fuente de información.

Un dato curioso que viene a ratificar la teoría expuesta es el hecho de que ninguno de los autores árabes que mencionan a Muḥammad al-Šafra, copien o no el texto directamente de la *Iḥāṭa*, hace alusión a dicho jardín (17).

Al problema de la existencia o inexistencia del jardín botánico de Guadix hemos de unir el que nos plantean las noticias ofrecidas por el gran historiador de la ciencia G. Sarton, quien no sólo relata la historia de un jardín botánico, creado por Muḥammad al-Šafra en el año 1318, sino que además traslada todos los sucesos que relacionan a al-Šafra con Guadix a la ciudad de Cádiz (18).

Así pues, y como consecuencia de este cambio de ciudad, nos encontramos con la información de que al-Šafra residió y floreció en la ciudad de Cádiz entre el 1314 y el 1322 (19), año este último en que se produjo la muerte del monarca en dicha ciudad.

También nos dice Sarton que, en el año 1318, al-Šafra había creado en la ciudad de Cádiz, lógicamente, un jardín botánico perfectamente organizado para su príncipe, al cual había tratado de una epidemia que había desolado esa región.

Desconozco las razones que llevarían a Sarton a tales conclusiones —puesto que sus fuentes de información, según él mismo relata, fueron Ibn al-Jaṭīb, Leclerc, Renaud y Brockelmann, ningun-

(16) Cfr. Leclerc, L., *Histoire de la médecine arabe. Exposé complet des traductions du grec. Les sciences en Orient, leur transmission à l'Occident par les traductions latines*. 2 vols., Rabat, Ministère des Habous et des Affaires Islamiques, 1980 [Reedición de París, Ernest Leroux, Editeur, 1876], I, p. 576.

(17) Cfr. al-Abbās D. Ibrāhīm, *al-ʿĪlām bi-man ḥalla Marrākuṣ wa-Agmāt min al-aʿlām*. Ed. ʿAbd al-Wahāb Ibn Maṣṣūr, Rabat, 1974, *al-Matbaʿa al-Malikiyya*, IV, página 410, número 608; Ibn Ḥaṣṣar al-Asqalānī, *al-Durar al-kāmina fi aʿyān al-mīʾa al-ʿāmina*. 2.ª ed., 6 vols., Hyderabad, al-Dāʾira al-Maʿārifī l-Osmania, 1972-1976, V, p. 324, núm. 1552; Kaḥḥāla, ʿU. R., *Muʿjam al-muʿallifin. Tarāʾim muṣannifī l-kutub al-ʿarabiyya*. 15 vols., Beirut, al-Mutannā, 1957-1961, XI, pp. 23, 33; y al-Ziriklī, al-ʿĪlām, *qāmūs tarāʾim li-aṣḥar al-riḡāl wa-l-niṣaʾ min al-ʿarab wa-mu-taʾribīn wa-l-mustaʾriqīn*. 3.ª ed., 13 vols., con supl., Beirut, 1969-1970, VII, p. 176.

(18) Cfr. Sarton, G., *Introduction to the History of science*. 3 tomos en 5 vols., Baltimore, The Wilians & Wilkins Company, 1927-1947, III, pp. 225, 395-896.

(19) *Ibidem*, pp. 209, 228, 257 y 273.

no de los cuales menciona la ciudad de Cádiz— (20), aunque no me parece demasiado aventurado decir que Sarton debió confundir los nombres de Cádiz y de Guadix —a partir de los informadores latinos, ya que en árabe resulta más difícil la confusión entre ambas ciudades (Qādis y Wādī Āš)— y por ello nos proporcionó también la falsa noticia del jardín botánico de Cádiz.

(20) Cfr. *supra*, notas 9, 10, 11 y 16 y, además, Brockelmann, C., *Geschichte der Arabischen Litteratur*, 2 vols. + 3 de suplemento, Leiden, E. J. Brill, 1943-1949, 1937-1942, S II, p. 366; y Renaud, H.-P.-J., «Un chirurgien musulman du royaume de Grenade: Muḥammad aš-Šafra», *Hesperis*, 20 (1935), pp. 1-20; y 27 (1940), pp. 97-98.

II

ENFERMEDADES EPIDEMICAS EN LA GRANADA NAZARI: LA PESTE Y SU TRATAMIENTO QUIRURGICO

Aspectos histórico-bibliográficos

Sería una tarea ardua y, en cierto modo, innecesaria para los intereses de este trabajo, recoger aquí los títulos de todas las obras relacionadas con este tipo de enfermedades, pues son muchas las epidemias que a través de todos los tiempos han asolado la humanidad. Concretamente, «el tema de la peste cuenta con una verdadera legión de escritores y tratadistas que forman capítulo aparte dentro de la literatura médico-científica del Islam» (1) y, por tal motivo, me voy a referir sólo a algunas de las obras árabes que, directa o indirectamente, tratan de la gran epidemia de 1348 o **Peste negra**, que es la que mayores estragos causó. Entre todas ellas cabe destacar, por su relación con la Granada nazari, el **Manfa'at al-sā'il** de Ibn al-Jaṭīb (713/1313-775/1374) y el **Kitāb al-Istiqṣā'** de Muḥammad al-Šafra (c. 668/1270-761/1360).

(1) Cfr. Antuña, M., «Abenjátima de Almería y su tratado de la peste», **Religión y cultura**, 4 (1928), pp. 68-90, p. 74.

De la inmensa bibliografía general relacionada con este tema, además de la que será citada a lo largo de este artículo, quiero resaltar: Blanco, A., **La Peste Negra**. Madrid, E. G. Anaya, 1988; Dols, M. W., **The black death in the Middle East**. Nueva Jersey, University Press, 1977; Roque, M. da Costa, **As pestes medievais europeias e o «regimento proueytoso contra ha pestenença»**. Lisboa, Valentim Fernandes [1495-1496] **Tentativa de interpretação à luz dos conhecimentos pestológicos actuais**. París, Fundação C. Gulbenkian, Centro Cultural Português, 1979; y Sobrequés, C., «La peste negra en la Península Ibérica», **Anuario de Estudios Medievales**, 7 (1970), pp. 67-101.

Dada la diferente entidad de estas dos obras —la primera, un tratado sobre la peste y, la segunda, un tratado de cirugía—, he decidido ocuparme de ellas por separado y por ello he dividido este trabajo en dos partes: una que podríamos denominar «histórico-bibliográfica» —donde se comentan las principales monografías árabes relacionadas con la peste—, y otra que podría ser designada «médico-quirúrgica» —donde se analizan los términos utilizados para referirse a estas epidemias, su significado y valor real, y se ofrece la descripción y tratamiento de los «bubones pestilentes».

Las principales monografías árabes sobre la peste fueron compuestas, respectivamente, por: 1) Ibn al-Jaṭīb, 2) Ibn Jātima, 3) al-Šaqūri, 4) Ibn Abī Ḥaṭṭāla y 5) Ibn Ḥaṭṭār al-'Asqalānī (2).

1) El propio Ibn al-Jaṭīb nos da cuenta en una de sus obras (3) de las razones que le impulsaron a componer su pequeño tratado, al hablar de las alteraciones no naturales del aire y de la trascendencia de la epidemia:

«Por orden del sultán y como médico suyo, nos vimos obligados, un día, a redactar un artículo perfectamente elaborado sobre este tema, que se ha hecho famoso y popular. Con esto es suficiente, ¡permítalo iDosi!».

Este tratadito lleva por título **Manfa'at o Muqni'at al-sā'il 'an al-marāḍ al-hā'il** (4) («Algunas cuestiones útiles o suficientes acerca de la terrible enfermedad») y apenas ocupa diez páginas. De esta obra cabe destacar la rapidez con que fue escrita y la clara idea que Ibn al-Jaṭīb tenía del contagio.

2) La obra de Ibn Jātima (m. 770/1370) —que es la más ex-

(2) Véase también, Millán, C. A., «Tres opúsculos inéditos sobre la peste en un manuscrito magrebí», *Anaquel de Estudios Árabes*, 3 (1992), pp. 183-188, donde se comentan las obras: *Waṣīyyat al-nāsiḥ al-awīd fī l-taḥaffuz min al-marāḍ al-wāfīd* de Abū 'Amr M. b. Abī Bakr Ibn Manẓūr al-Qaysī (m. d. 877/1472), *Naṣiḥa* de al-Šaqūri —al que nos referiremos más adelante— y *al-Maqāla al-ḥikmiyya fī l-amrāḍ al-wabā'iyya* de 'Alī Ibn Ḥaydūr (m. 816/1413).

(3) Cfr Ibn al-Jaṭīb, *Kitāb al-wuṣūl il-ḥifz al-ṣiḥḥa fī l-fuṣūl*. Ed., est. y trad. de M.^a C. Vázquez de Benito, Salamanca, Universidad, 1984, pp. 97-98 (traducción) y páginas 43-44 (texto árabe).

(4) Esta obra fue editada y traducida al alemán, el siglo pasado, por M. J. Müller (*Sitzungsberichte der K. bayerischen Akad. der Wissenschaften*, 2 (Munich, 1863), pp. 1-41); véase, Ibn al-Jaṭīb, *'Amal man ṭabba il-man ḥabba*. Texto árabe con glosario, editado por M.^a Concepción Vázquez de Benito, Salamanca, Universidad, 1972, pp. XII-XIV.

tensa de todas las que vamos a mencionar— lleva por título **Taḥṣīl garad al-qāṣid fi tafṣīl al-marḍ al-wāfid** («Respuesta obtenida por quien pretende saber qué circunstancias concurren en la enfermedad epidémica») (5). Al igual que el autor precedente, este también explica en el prólogo las causas que le movieron a escribirla: un amigo suyo le pidió que le contestase a ciertas preguntas sobre la génesis, desarrollo y tratamiento de la infección. Y esta es la razón de que Ibn Jātima ordene su obra respondiendo en cada uno de los capítulos a una o varias preguntas: I. Primera pregunta; II. Segunda pregunta, etc. (6).

Según Ibn Jātima, la epidemia apareció a principios de junio de 1348, en uno de los barrios más pobres de Almería, y continuó después durante las estaciones de verano, otoño y parte del invierno, pues no había cesado aún en la fecha en que se escribe este libro, febrero de 1349.

3) De la obra de Muḥammad al-Šaqūri (727/1327-753/1352), que llevaría por título **Taḥqīq al-nabā' 'an amr al-wabā'** («Confirmación de la noticia relacionada con el tema de la peste»), sólo se nos ha conservado un pequeño resumen titulado **al-Naṣīḥa** («El buen consejo») (7) —que apenas consta de 10 páginas. En él

(5) Este tratado fue traducido al alemán por K. Sudhoff, a principios de siglo, sirviendo esta traducción a T. Dinānah como base para la realización de su tesis doctoral («Die Schiff von Abi Djafar Ahmed b. 'Ali Moḥammed b. 'Ali b. Hātimah aus Almeriah über die Pest», *Archiv für die Geschichte der Medizin*, 19 (1927), páginas 27-81).

Muḥammad A. al-Jaṭṭābi, en 1988, publicó un estudio sobre este tratado con el título **Ibn Jātima al-Anṣārī wa-ktābu-hu fi wāṣf wabā' al-ḡā'ūn** (en *al-Ṭibb wa-l-aṭibbā' fi l-Andalus al-Islāmiyya*, 2 vols. Beirut, Dār al-Ḡarb al-Islāmi, 1988, II, páginas 151-188). En él se incluyen algunos comentarios generales sobre los distintos tratados andalusíes sobre la peste y se hace una selección de los principales textos del **Taḥṣīl**.

En España, esta obra fue estudiada ampliamente por M. Antuña (véase *supra* nota 1) y por J. Fernández Martínez («Contribución al estudio de la medicina árabe española. El almeriense Aben Jātima», *Actualidad Médica*, 44 (1958), 499-513; 566-580). Con posterioridad, E. Molina López se ha ocupado también del **Taḥṣīl**, a propósito de la descripción de la ciudad de Almería que se hace en esta obra; véase, López, E. M., «La obra histórica de Ibn Jātima de Almería. Los datos geográfico-históricos», *al-Qanṭara*, 10 (1989), pp. 151-173, pp. 160-167.

(6) Cfr. Fernández Martínez, «Contribución», p. 501; y al-Jaṭṭābi, **Ibn Jātima al-Anṣārī wa-ktābu-hu**, p. 156.

(7) Cfr. Arié, R., «Un opusculé grenadin sur la peste noire de 1348: La «Naṣīḥa» de Muḥammad al-Šaqūri», *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, 3 (1967), pp. 189-199.

da cuenta el autor de las causas de la peste, de los motivos que le impulsaron a escribirlo y de la conducta a seguir en los tiempos de epidemia.

4) Me ha parecido conveniente incluir, también, a Abū l-'Abās Aḥmad b. Yaḥyà b. Abī Ḥaḡala, a pesar de no ser andalusí, para poder hacernos una idea más clara de lo que la epidemia de 1348 significó en los distintos países que estaban bajo dominio musulmán (8).

Su obra, que lleva por título **Daf' al-niqma fī l-ṣalāt 'alà nabi al-raḥma** («Cómo evitar el castigo mediante la oración al Profeta misericordioso») (9), trata de la peste del año 1362 e incluye una exposición histórica de todas las epidemias anteriores a esa fecha. Son mencionadas 33 epidemias y la peste de 1348 está descrita con el número 31.

5) Por último, y para insistir en la trascendencia que esta enfermedad tuvo en todo el mundo árabe, me referiré al famoso juez e historiador egipcio Abū l-Faḍl Aḥmad b. 'Alī b. Muḥammad b. Ḥaḡar, más conocido por Ibn Ḥaḡar al-'Asqalānī (773/1372-852/1449), cuya vida se vio marcada por la constante presencia de la peste: nació cuando aún no se habían olvidado los grandes estragos que causó la Peste Negra; en 1417, perdió dos de sus hijas, víctimas de la peste; y él mismo habría de morir como consecuencia de otra peste.

Su obra **Baḍl al-mā'ūn fī fawā'id al-ṭā'ūn** («Provisión de medios que ayudan a combatir la peste») (10) aborda, además, el tema desde un nuevo punto de vista: el jurídico-religioso. Ibn Ḥaḡar defiende, basado en las doctrinas de los más acreditados doctores e intérpretes del Corán y de la tradición, que todos aquellos que mueren de este contagio dentro del Islam son equiparados a las víctimas de la guerra santa y, por tanto, no hay por qué

(8) Ibn Abī Ḥaḡala nació en Tremecén el año 1325 y murió víctima de la peste el año 1375; cfr. Brockelmann, C., *Geschichte der Arabischen Literatur* (GAL). 2 vols. + 3 de suplemento, Leiden, E. J. Brill, 1943-1949; 1937-1942, II, pp. 12-13, S II, páginas 5-6; y Antuña, «Abenjátima», p. 74.

(9) Con la variante **Daf' al-niqma fī l-ṣalāt 'alà nabi al-raḥma**; cfr. Antuña, «Abenjátima», p. 74.

(10) También citada como **Baḍl al-mā'ūn fī faḍl al-ṭā'ūn** y **Baḍl al-mā'ūn fī ajbār al-ṭā'ūn**. Cfr. Antuña, «Abenjátima», p. 75; Brockelmann, GAL, S II, p. 74, número 20; y Sublet, J., «La peste prise aux rêts de la jurisprudence. Le traité d'Ibn Ḥaḡar al-'Asqalānī sur la peste», *Studia Islamica*, 33 (1971), pp. 141-149.

huir de él si se desea el martirio; recomienda, no obstante, como medio para aplacar la ira de Dios, el ayuno, las procesiones y las rogativas. Como hiciera Ibn Abī Ḥaḡala, en el capítulo consagrado a la descripción histórica de las principales epidemias padecidas por el pueblo musulmán, enumera la del año 1348.

Aspectos médico-quirúrgicos

Una vez comentados los principales estudios sobre la peste, iniciaremos el análisis de los aspectos médicos propiamente dichos.

Todos los autores árabes son bastante unánimes a la hora de referirse a esta enfermedad/epidemia, como se puede comprobar, no sólo en las obras específicas mencionadas anteriormente, sino también en algunas otras de temática diversa (11).

Las palabras más utilizadas para designarla son **waba'**/**wabā'** y **ṭā'ūn/ṭā'un**, encontrándose en Ibn al-Jaṭīb las matizaciones de **al-wabā al-kabīr** y **al-ṭā'ūn al-garīb** (12) para referirse a la peste de 1348. También es muy normal —como hemos podido comprobar en los títulos de las obras comentadas en la primera parte del trabajo— el empleo de sustantivos y adjetivos sustitutivos, como

(11) Cfr. Ibn al-Ḥaššā', *Mufīd al-'ulūm wa-mubīb al-humūm* (Glossaire sur le Mans'uri de Razès (Xe siècle)). Texte arabe établi sur plusieurs manuscrits et publié avec une introduction par M. M. G. S. Colin et H. P. J. Renaud. Rabat, Institut des Hautes-Etudes Marocaines, 1941, pp. 60-61, núm. 563; Ibn al-Jaṭīb, 'Amal, pp. 7, 198, 202-204; el mismo, *Kitāb al-Wuṣūl*, pp. 97-98 (traducción), y pp. 43-44 (texto árabe); Ibn Marzūg, *El Musnad: Hechos memorables de Abū I-Ḥasan sultán de los benimerines*. Est., trad., anot. e índices anotados por M.^a J. Viguera. Madrid, 1987, p. 431, nota 85; Ibn Zuhr, *Kitāb al-Aḡḍiyya* (Tratado de los Alimentos). Ed., trad. e intr. por E. García Sánchez. Madrid, CSIC-ICMA, 1992, pp. 137, 153-156 (traducción), y pp. 137, 143-146 (texto árabe); y al-Šaḡra, *Kitāb al-Istiḡṣa' wa-l-Ibram fi 'Ilaq' al-ḡirāḡāt wa-l-awrām*. Ed. crítica y trad. española con glosario de términos técnicos y sustancias de E. Llaveró Ruiz. 2 vols., Granada, Universidad, 1989 (microficha), vol. I (traducción), pp. 131, 149, 178, 246, 264-265, y vol. II (texto árabe), pp. 34-35, 52-53, 81, 150, 168-169 —estos últimos textos nos servirán para ilustrar la última parte del trabajo.

Véase, también, Carreras Pachón, A., «Sobre el concepto de la pestilencia (**waba'**) en el Canon de Avicena», *Asclepio*, 33 (1981), pp. 265-273; y Vázquez de Benito, C. y Herrera, M.^a T., *Los arabismos de los textos médicos latinos y castellanos*, Madrid, CSIC, 1989, pp. 113-114.

(12) Cfr. Ibn al-Jaṭīb, *al-Iḡāṭa fi ajbar Garnāṭa*. Ed. 'Abd Allāh 'Inan, 4 vols., El Cairo, 1973-1978, I, pp. 22 y 173, respectivamente.

por ejemplo: **al-marḍ al-ha'il**, **al-marḍ al-wāfid** y **al-niqma**. Otros términos usados, aunque con menor frecuencia, son **dubūl** y **bubāš** (13).

Tratar de saber qué entendían todos estos autores por cada uno de los términos apuntados —que normalmente traducimos por peste— resulta algo más complejo. De manera general, se puede decir que cualquiera de los conceptos es empleado para referirse a una enfermedad epidémica que, de forma incontrolada, causa grandes mortandades aunque, con frecuencia, se desconociera la verdadera entidad de esta afección.

Un ejemplo claro de lo que acabamos de comentar es el tratamiento que realizó al-Šafra, en la persona del sultán nazarí Abū l-Ŷuyūš Našr (708/1309-713/1314), de una enfermedad epidémica que había entrado en la ciudad de Guadix. Tal hecho debió producirse entre el año 1314 —fecha probable de la llegada de al-Šafra a Guadix, acompañando al destronado sultán Našr— y el 1322 —en que se produjo la muerte de Našr— y de él nos da cuenta Ibn al-Jaṭīb (14), quien precisa:

«Trató al sultán Našr, residente en Guadix, pues una enfermedad epidémica había entrado en esa ciudad. Su tratamiento le provocó el maltrato de la gente y murieron muchas personas de las que habían seguido dicho tratamiento».

Lo primero que nos sugiere este texto es que se trataba de una enfermedad completamente nueva, puesto que al-Šafra no conseguía controlarla con ninguno de los tratamientos que conocía y, además, porque el propio Ibn al-Jaṭīb —que escribiría con posterioridad su tratado sobre la peste— no hace ningún comentario al respecto, aunque el término que emplea (**marḍ wāfid** o **marḍ waba'**) (15) es bastante significativo.

Así mismo, este texto nos ayuda a entender el hecho de que al-Šafra no mencione nunca en el **Kitāb al-Istiqṣā'** su estancia en la ciudad de Guadix, ni tampoco hable directamente de la peste,

(13) Cfr. *infra*, p. 10 y nota 26; y al-Šafra, **Kitāb al-Istiqṣā'**, vol. I (traducción), páginas 264-265, y vol. II (texto árabe), pp. 168-169.

(14) Cfr. **al-Iḥāṭa**, III, p. 180.

(15) Ambas formas están tomadas de **al-Iḥāṭa**, aunque de distintas copias: la primera corresponde a la edición de 'Inān (*supra* nota 12), mientras que la segunda está tomada directamente del ms. 1673 de El Escorial, p. 147 (Cfr. Derenbourg, H., **Les manuscrits arabes de l'Escorial**. Tome troisième: Théologie-Géographie-Histoire, París, 1928, pp. 200-201).

ya que si lo hiciera pondría de manifiesto el fracaso de su tratamiento ante dicha enfermedad que, además, le era desconocida en su verdadera entidad.

Ambas razones, pues, deben ser la causa de que en su obra sólo nos hable de unas úlceras malignas llamadas **al-tawā'in** «que en la mayoría de los casos son mortales», y de las que nos volveremos a ocupar más adelante.

Otra cuestión, que nos plantea también el texto de Ibn al-Jaṭīb, es si realmente podemos hablar de peste en el primer cuarto del siglo XIV, cuando los historiadores nos dicen que la peste no entró en la Península hasta el año 1345 (16).

Hay un hecho indiscutible: una epidemia de peste no se produce como consecuencia de ningún accidente, sino que va precedida por varios años difíciles que colocan en una situación precaria a una población con una densidad excesiva. Y este era el caso del reino granadino: malas condiciones climáticas, malas cosechas y períodos de escasez se traducen en un alza de los precios y causan, por sí propios, una mortalidad superior a la normal, preparando el terreno para la epidemia (17).

Las epidemias figuran, por su lado, entre las principales responsables de esta precariedad. La peste negra está lejos de ser la primera ni la última epidemia que conoció la Edad Media. Fue precedida, en la primera mitad del siglo XIV, por graves «mortandades» y «pestilencias» que son las que, de forma breve, nos interesa comentar ahora.

La primera mitad del siglo XIV habría conocido al menos dos grandes «mortandades»: una, durante los años 1315-1317, habría devastado los países del norte; la otra, de 1340 a 1347, señalada en más lugares, alcanzaría su mayor virulencia en Italia. Pero, en los dos casos, se trata de estas «epidemias» medievales a las que es imposible atribuir el nombre de una enfermedad determinada. En algunos meses estas «pestilencias» hicieron desaparecer, según los cronistas, a la tercera o la cuarta parte de las poblacio-

(16) Cfr. Ubieto Arteta, A., «Cronología del desarrollo de la peste negra en la Península Ibérica», *Cuadernos de Historia* (Anejos de la Revista Hispania), 5 (1975), páginas 47-66.

(17) Cfr. Carpentier, E., «Autour de la peste noire: Famines et épidémies dans l'histoire du XIV^e siècle», *Annales, Economies-Sociétés-Civilisations*, 17 (núm. 4, 1962), pp. 1062-1092, p. 1078.

nes alcanzadas, que eran en casi todos los casos poblaciones subalimentadas como consecuencia de un período de hambre. El carácter contagioso del mal no era nunca evidente. Se ha hablado, según los casos, de disentería, cólera, tifus, etc... Una cosa parece segura: estas enfermedades eran casi todas hijas del hambre (18).

De acuerdo con lo expuesto, y considerando los datos que existen acerca del hambre que asolaba la zona de Guadix entre los años 1315 y 1316 —hasta el punto de tener que solicitar el sultán Naṣr al monarca cristiano el envío de víveres— (19), creo que no sería difícil imaginar alguna de las «epidemias» que asolarían la zona sin poder llegar a identificarla, tampoco, con ninguna enfermedad específica.

Esto mismo les debió suceder a al-Šaḡra y a Ibn al-Jaṭīb, el primero de ellos, al no saber exactamente con qué enfermedad se estaba enfrentando, ni las causas que la provocaban, difícilmente podría combatirla; el segundo, por circunstancias semejantes a las anteriores le daría la denominación genérica de **marḍ wabāʾ/wāfid**, sin ser capaz de especificar nada más, como haría después a propósito de la epidemia de 1348, a la que denomina **al-wabāʾ al-kabīr**.

Aunque, como ya hemos visto, no estaba claro el tipo de enfermedad ni el tratamiento a seguir, considero de gran interés comentar los textos del **Kitāb al-Istiḡṣāʾ** en los que se hace alusión a los **bubones** y a las **bubas**. Así, nos dice al-Šaḡra, al hablar de las úlceras malignas (**al-qurūḥ al-jabiṭa**) (20).

«Las conocidas como **bubones** (**al-ṭawāʾin**) y úlceras (**al-qarṣāt**) tienen numerosas clases [todas] malignas y, en la mayoría de los casos, son mortales. Sus colores son diferentes, por ejemplo: atornasolado, verde y ceniciento.

Su característica es que, al principio de su aparición, se presentan como unos botores y un tumor con un ardor tan intenso que atraviesa la piel y se enfría lo que hay a su alrededor rápidamente; se pone verde y aparecen, en el que las tiene, vómitos, palpitaciones y mareos. Cuando se te presenten estas características y la fuerza del enfermo se haya desvanecido, no tardará en morir. Estas úlceras no aceptan ningún tratamiento, ni producen efec-

(18) *Ibidem*, pp. 1080-1081. Véase también: Blanco, *La peste negra*, pp. 4-25.

(19) Cfr. Arié, R., *L'Espagne musulmane au temps des naṣrides (1232-1492)*. París, De Boccard, 1990 [nueva edición de París, De Boccard, 1973], p. 94.

(20) Cfr. *Kitāb al-Istiḡṣāʾ*, vol. I (traducción), p. 131; y vol. II (texto árabe), páginas 34-35.

to en ellas los medicamentos, especialmente si hay en el aire una epidemia (21). La mayor parte de ellas se producen al final del verano y en otoño.

Su tratamiento se hará, según lo que se desee y espere conseguir, con todas aquellas sustancias refrescantes que fortifican el corazón, por ejemplo, las píldoras de alcanfor y el polvo de los dos sándalos (22), la granada ácida, la pulpa de la cidra y el olor/de las esencias perfumadas y refrescantes, tales como el mirto, el nenúfar y la rosa. La alimentación del enfermo consistirá en lentejas con vinagre y verdolaga.

No se aplicará a las úlceras ningún medicamento que tenga poder refrescante, para que los músculos no compriman los órganos internos principales, pues [el enfermo] moriría rápidamente.

Debes hacer una incisión en el tumor; limpiar su sangre, con agua caliente para que la misma no se coagule; absorber, con una succión leve, para que salga la sangre poco a poco; y aplicarle sanguijuelas. Cuando comience a salir [la sangre], debes aplicarle algafía y hierbabuena, mezcladas con pasas sin hueso pulverizadas; [también] prepararás una alcoba en un sótano bajo tierra o una habitación fresca [en el piso superior] pulverizada con agua y vinagre, y tapizada con arrayanes frescos, preocupándote de conservar la fuerza [del afectado] y calmar su corazón, pues a causa de estos tumores se pierde la fuerza rápidamente y se produce diarrea, hasta que se muere el enfermo. Si se extendiera la úlcera, trátala con los medicamentos cauterizantes o con la cauterización [mayor], como describimos en el tratamiento de la gangrena (23), si quiere Dios Altísimo».

En este texto nos ofrece al-Šafra una clara definición de la peste bubónica, aunque evita hacer cualquier comentario que lo pueda comprometer.

En cuanto al tratamiento, es preciso resaltar la humanidad de al-Šafra quien —no demasiado convencido de que los medicamentos o la cirugía vayan a sanar al enfermo— ofrece una serie de recomendaciones que, al menos, le van a ayudar a «bien morir»: «prepararás una alcoba (...) fresca (...) pulverizada con agua y vinagre, y tapizada con arrayanes frescos, preocupándote de conservar la fuerza [del afectado] y calmar su corazón». Esta prác-

(21) Vemos aquí cómo al-Šafra se muestra absolutamente cauto y vago al hacer esta precisión.

(22) Debe referirse al sándalo blanco y al rojo, que son las variedades de esta planta más usadas en medicina.

(23) Al-Šafra deja patente el menor poder de actuación de los medicamentos simples («medicamentos cauterizantes») frente a los compuestos («cauterización [mayor]»). Concretamente, aquí se refiere al «medicamento cáustico, cuya acción [cauterizante] es como la del fuego», que no es otro que el «medicamento de algodón», cuyos ingredientes son: arsénico amarillo, álcali, cal viva, cardenillo, mercurio y sal amoníaca. Cfr. *Kitāb al-Istiqṣā'*, vol. I (traducción), pp. 129-131; y volumen II (texto árabe), pp. 32-34 —sobre la gangrena—; y vol. I (traducción), páginas 261-262; y vol. II (texto árabe), p. 165 —sobre el medicamento de algodón.

tica podría ser considerada como el antecedente medieval de las actuales «unidades de cuidados paliativos» hospitalarias.

Al-Šafra, en cambio, nos proporciona menos detalles sobre las características de los bubones producidos por la inflamación de los nódulos glandulares (**al-'uqad al-gudadiyya**). A diferencia de las úlceras malignas, estos no suelen ser mortales aunque, a veces, la forma de tratarlos sea poco ortodoxa, como veremos en el siguiente relato (24):

«Estos nódulos pueden ser de numerosos tipos y el lugar del cuerpo [sobre el que se presentan] diferente; entre ellos están los que aparecen en el cuello, que se llaman escrófulas (**al-*janāzīr***); los que aparecen debajo de las axilas y en las ingles, que cuando están inflamados se llaman **bubones** (**al-*tawā'in***); y los que aparecen en el resto del cuerpo, debajo de la piel, en el dorso de la mano, y en el dorso del pie. Su característica es que tienen el [mismo] color del cuerpo y se perciben al tacto.

Su tratamiento consiste en aplicar una cataplasma con goma amoníaca, bedelio azul y gálbano. Se cuece todo con vinagre, se [aplica] y se venda, interponiendo un trozo de plomo; así se resuelve pues, [al aplicar] sobre él la goma amoníaca, lo hace salir con su envoltura. Luego se cauteriza el lugar, y se le trata hasta que esté curado.

Yo traté de esto al alfaquí Abū l-Ḥaḡḡāy al-Miknāsī (25), quien tenía [un nódulo] en el dorso de la mano derecha; lo cautericé, pero no le hizo efecto la cauterización, pues [este] era mayor que una almendra grande y gorda. Entonces, coloqué sobre él el extremo de mi cinturón y lo sujeté entre mis dientes; luego lo solté, y no encontramos ningún rastro de él, ni volvió [a reproducirse] después.

En cuanto a los nódulos glandulares que están inflamados, se deben tratar, en primer lugar, con el unguento cáustico a fin de que llegue a todas las membranas, para que no se reproduzcan; después de esto se tratará el lugar de los nódulos con lo que hace crecer la carne y con lo que cicatriza (...) hasta que esté curado, si quiere Dios Altísimo».

Nuevamente es empleado un medicamento cáustico en el tratamiento de los bubones, ya que es de suma importancia que el lugar afectado quede bien limpio «para que no se reproduzcan» los tumores.

Al hablar de las heridas del pecho, menciona al-Šafra otro tipo de bubones —más concretamente, bubas— que se forman como consecuencia de la supuración. El término árabe empleado es también distinto: **ḡubūl**, aunque algunos de los síntomas y

(24) Cfr. *Kitāb al-Istiqṣā'*, vol I (traducción), p. 149; y vol. II (texto árabe), páginas 52-53.

(25) Personaje sin identificar.

consecuencias son los mismos que ya hemos descrito al ocuparnos de las úlceras malignas, como podemos comprobar a continuación (26):

«Si [la herida] alcanza el pulmón, afluye sangre a la garganta [del herido] cuando tose; cuando la herida del pulmón es grande, él muere pronto; pero si es pequeña y supura, el enfermo vivirá y, aunque le aparecerán **hubas (dubūl)**, resistirá mientras continúe su fuerza, la cual decaerá si se produce diarrea [lo que le provocará] la muerte. Refiere al-Bayānī (27), en su libro, que él había visto a quien vivió con ese padecimiento unos años, estimando que esa herida no era verdadera, que había alcanzado el pulmón sólo en su imaginación y que, en realidad, había corrompido la herida y originado la formación de unas fistulas, viviendo con ello el resto de su vida.

Yo he visto a un hombre, de la gente de Tiscar (28), al que alcanzó un golpe en el pecho a consecuencia del cual se le corrompió el hueso; y continuó extendiéndose el pus en el mismo durante siete años, aunque tenía tanta fuerza como cuando estaba sano. Cuando acudí a mí, le apliqué el ungüento cáustico y, una vez corrupta la carne, apliqué sobre él azúfre con manteca hasta que se desprendió lo que estaba corrupto y llegó hasta el hueso, al que encontré negro y desecho. Entonces lo raspé, con el raspador, hasta que salió toda la corrupción que había en él y quedó al descubierto la herida, que era **ḡā'ifa** (29). Luego la traté con los medicamentos encarnativos y [le recomendé que] se acostara siempre sobre su pecho, y que tuviera siempre un lechino [rellenando su interior] completamente. Cuando la herida se llenó con la carne, coloqué un lechino más pequeño para que no impidiese a la carne subir desde el fondo de la herida y, según iba ascendiendo la carne, más pequeño era el lechino hasta que la [propia] herida llegó a expulsar el lechino y se llenó con la carne; la cicatricé y se curó.

[Debes saber], hijo mío, que la herida del pecho cuando, [a pesar de] no haber alcanzado el pulmón, produce una expulsión de aire por la misma es de curación lenta. Su tratamiento consiste, en primer lugar, en aligerar la alimentación del enfermo (...) y acostarlo sobre la herida para que no se acumule en la cavidad de su pecho nada de sangre o pus cuando supure la herida, pues dificultaría la respiración del enfermo».

(26) Cfr. *Kitāb al-Istiqṣā'*, vol. I (traducción), pp. 178-179; y vol. II (texto árabe), p. 181.

(27) Personaje sin identificar.

(28) Localidad perteneciente al municipio de Cazorla, en la provincia de Jaén, aunque algunos autores la integran en Granada. Cfr. Aguirre Sádaba, F. J. y Jiménez Mata, M.^a C., *Introducción al Jaén islámico. Estudio geográfico-histórico*. Jaén, Instituto de Estudios Gienenses, 1979, p. 50; y Yāqūt, *Mu'jam al-buldān*, trad. parcial de G. 'Abd al-Karīm, «La España musulmana en la obra de Yāqūt (s. XII-XIII). Repertorio enciclopédico de ciudades, castillos y lugares de al-Andalus, extraído del *Mu'jam al-buldān* (Diccionario de los países)», *Cuadernos de Historia del Islam*, 6 (1974), p. 222, núm. 239.

(29) Al-Ṣafra da este nombre a diversos tipos de heridas penetrantes; cfr. *Kitāb al-Istiqṣā'*, vol. I (traducción), pp. 178, 179, 183; y vol. II (texto árabe), pp. 80, 81, 82, 86.

Como en casos anteriores, y además del tratamiento y curación de la herida, es absolutamente imprescindible evitar la diarrea del enfermo, ya que ésta traería consigo un debilitamiento general y progresivo que provocaría la muerte .

Otros medicamentos empleados por al-Šafrā para tratar los bubones y las bubas son el ungüento de los apóstoles —cuyos ingredientes son cera roja, resina de pino, opopónaco, cardenillo, goma amoníaca, aristoloquia larga, incienso, gálbano, mirra, bedelio y almártaga— (30) y el ungüento de negro **rūmī** (31) —elaborado con rosas secas, aceite de rosa, vinagre ácido, almártaga e higo blanco.

Hemos podido comprobar, a través de todos los textos presentados, que la correspondencia entre los términos bubón, buba y peste no es, en modo alguno, absoluta aunque sí existen indicios suficientes para decir que al-Šafrā tuvo contacto con esta terrible enfermedad.

En general, podemos decir que los términos bubón y buba son aplicados a un tumor blando —más o menos voluminoso—, comúnmente doloroso y con pus, que se presenta de ordinario en las regiones inguinal y axilar.

Concretamente, al-Šafrā —al hacer la clasificación general de los tumores en su obra— coloca a los bubones entre los tumores calientes, producidos por una causa interna, que es la bilis amarilla; dice, además, que son tumores compuestos —pues la bilis amarilla está mezclada con sangre—, ardientes y con predominio de la bilis amarilla sobre la sangre (32). Los nódulos, en cambio, son mencionados entre los tumores fríos —aunque producidos también por una causa interna—, blandos y con predominio de la flema sobre la bilis negra (33).

Quiero acabar este estudio de la peste con unas palabras del gran historiador Ibn Jaldūn (732/1332-784/1382) (34), que consi-

(30) Cfr. *Kitāb al-Istiqṣā'*, vol. I (traducción), p. 246; y vol. II (texto árabe), página 150.

(31) *Ibidem*, vol. I (traducción), pp. 264-265; y vol. II (texto árabe), páginas 168-169.

(32) *Ibidem*, vol. I (traducción), pp. 100, 101; y vol. II (texto árabe), pp. 6, 7.

(33) *Ibidem*.

(34) *Apud* Ibn Marzūq, *El Musnad*, p. 431, nota 85.

deró la mejor síntesis de lo que la Peste Negra significó para el mundo entero:

«La terrible Peste (ṭā'ūn) se desató contra la Humanidad ('umrān), tanto en Oriente como en Occidente, asolando los países y llevándose parte de nuestra generación. Su oleada destruyó numerosos logros de la civilización. Sorprendió a las dinastías ya en su ocaso, y las debilitó, abreviando su término y acercándolas a su final y desaparición. Con la pérdida demográfica decreció [el nivel de] la civilización. Pueblos y casas se vaciaron, los caminos se borraron, las ciudades se despoblaron, dinastías y tribus se debilitaron. La faz del mundo habitado cambió».

III

GRANADA, ÚLTIMO ENCLAVE CIENTÍFICO DE AL-ANDALUS

I. Situación política

La proclamación de Muḥammad Ibn al-Aḥmar como sultán de Granada, con el nombre de Muḥammad I (629/1232-671/1273) (1), convirtió la antigua metrópoli zirí en la capital del naciente emirato nazarí y significó para esta ciudad el comienzo de una época gloriosa.

Es en esta época, hacia mediados del siglo XIII, cuando va a culminar el gran esfuerzo de la Reconquista, emprendido poco menos de dos siglos antes con la toma de Toledo (2). Durante los

(1) Sobre este personaje y la dinastía nazarí, último reino musulmán de al-Andalus, véase: Arié, R., *L'Espagne musulmane au temps des naşrides (1232-1492)*. París, De Boccard, 1990 [nueva edición de París, De Boccard, 1973]; la misma, *España musulmana (siglos VIII-XV)*, vol. III de la *Historia de España*, dirigida por M. Tuñón de Lara, Barcelona, Ed. Labor, 1982; Ibn al-Jatib, *al-Iḥāṭa fi ajbar Garnāṭa*. Ed. 'Abd Allāh 'Inān, 4 vols., El Cairo, 1973-1978, II, pp. 92-101; el mismo, *al-Lamḥa al-badriyya fi dawla al-naşriyya*, 2.^a ed., Beirut, 1987, especialmente, páginas 42-49; Lafuente Alcántara, M., *Historia de Granada*, 4 vols., Granada, Universidad, 1992 [Ed. Facsímil de Granada, Imprenta y Librerías de Sanz, 1843-1846]; el mismo, *Inscripciones árabes de Granada precedidas de una reseña histórica y de una genealogía detallada de los reyes Alahmares*. Madrid, 1859; Latham, J. D., «Naşrids», *The Encyclopaedia of Islam*. New edition. Leiden, E. J. Brill, 1986... (E. I.²), VII, pp. 1020-1028; Lévi-Provençal, E., «Naşrides», *Encyclopédie de l'Islam*. 4 vols. + supp., Leyden-París, Brill-Picard/Klincksieck, 1913-1934; 1938 (E. I.¹), III, páginas 938-942; y Torres Delgado, C., *El antiguo reino nazarí de Granada (1232-1340)*, Granada, Ed. Anel, 1974.

(2) Cfr. Lévi-Provençal, E., «Alphonse VI et la prise de Toléde (1085)», *Hesperis*, 12 (1931), pp. 33-49.

años 1230-1250 se aceleró el ritmo que hasta entonces había sido muy lento y, en el curso de estos veinte años, fueron ocupadas la mayoría de las capitales que todavía quedaban al Islam andalusí. Después de haber sometido las Baleares, de 1229 a 1235, los aragoneses tomaron Valencia en 1238 y Játiva en 1244, entretanto los castellanos ocuparon Córdoba (1236), Murcia (1243), Jaén (1246) y Sevilla (1248). En lo sucesivo, y durante dos siglos aún, sólo los musulmanes del reino de Granada escaparán a la dominación política de los cristianos, aunque el rey de Granada tuvo que reconocerse varias veces vasallo del rey de Castilla para salvaguardar su integridad (3).

En el transcurso de los veinte años de calma que le proporcionó la firma del tratado con Fernando III (1217-1252), Muḥammad I se consagró a la instauración de la autoridad real en su recién creado emirato. La Reconquista produjo un éxodo de musulmanes andalusíes hacia el reino nazarí y hubo de construirse en Granada el barrio del Albaicín para dar acogida al flujo de refugiados procedentes de otras provincias (4).

Mientras, en el sur del reino de Valencia y en el reino de Murcia, la presión cristiana se iba haciendo cada vez más fuerte y eliminaba cualquier vestigio de soberanía musulmana o de autonomía política de señores musulmanes bajo protectorado cristiano —a excepción de la pequeña localidad de Crevillente, donde se conservará un pequeño señorío musulmán desde el protectorado de 1243 hasta comienzos del siglo XIV (5)—, los sultanes nazaríes intentaron mantener un difícil equilibrio entre la potencia

(3) Cfr. Arié, R., *L'Espagne musulmane*, pp. 58-60; la misma, *España musulmana*, p. 37; y Guichard, P., *Un señor musulmán en la España cristiana: El «ra'is» de Crevillente (1243-1318)*, Alicante, 1976, pp. 13 y ss.

(4) Véase: Arié, R., *L'Espagne musulmane*, p. 61; la misma, *España musulmana*, p. 37; y Torres Balbás, L., «Esquema demográfico de la ciudad de Granada», *Al-Andalus*, 21 (1956), pp. 131-146, pp. 132-140.

Según parece, en tiempos de la dominación musulmana y más concretamente durante el siglo XIV, se denominó Albaicín al arrabal situado al norte del llamado Ḥārat al-Qaṣaba, conocido hoy como Alcazaba Cadima, cfr. Seco de Lucena, L., «El ḥāyib Riḍwān, la madraza de Granada y las murallas del Albayzín», *Al-Andalus*, 21 (1956), pp. 285-296, p. 295.

(5) Cfr. Guichard, *Un señor musulmán*, pp. 17-40.

aplastante de sus señores castellanos y la ingerencia creciente sus aliados meriníes (6) en los asuntos granadinos (7).

Efectivamente, la política granadina, para guardar el equilibrio entre África y Castilla, realizó un sutil juego diplomático entre las cortes musulmanas y cristianas contemporáneas, y consiguió no tener que someterse a ninguno de los dos gobiernos. Para los momentos difíciles con Castilla, se servía de la alianza africana para amedrentarla. Cuando los meriníes pretendían que el reino de Granada fuera una avanzada de su imperio africano en la Península, recurría a la alianza con los cristianos para detenerlos. Ambas directrices políticas, creadas por la diplomacia, se repetirán de manera constante en toda la historia política del antiguo reino nazarí hasta la conquista de Granada por los Reyes Católicos en 1492 (8).

II. Soicidad y población

Debido a la gran inestabilidad política que al-Andalus, y en especial el Levante y Murcia, sufrían en el segundo tercio del siglo XIII —acelerada por el continuo avance de las armas cristianas que se acercaban por distintas direcciones a las fronteras de Valencia y Murcia— una gran masa de musulmanes comprendió que el fin había llegado y decidió emprender la retirada hacia

(6) Acerca de esta dinastía norteafricana, véase: Ibn al-Aḥmar, *Rawḍat al-niṣrīn fi dawlat Banī Marīn*. Intr. y trad. anotada de M. A. Manzano. Madrid, CSIC, 1989; Marçais, G., «Mérinides», E. I.¹, III, pp. 527-530; Shatzmiller, M., «Marinids», E. I.², VI, pp. 571-574; y, la misma, *L'historiographie mérinide: Ibn Khaldūn et ses contemporains*, Leiden, E. J. Brill, 1982.

Para las relaciones entre peninsulares y norteafricanos, véase: Dufourcq, CH-E., «Les relations de la Péninsule Ibérique et de l'Afrique du Nord au XIV^e siècle», *Anuario de Estudios Medievales*, 7 (1970), pp. 39-65; Gil Grima, R., *Aproximación a una bibliografía española sobre el norte de África (1850-1980)*. I. Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1988; y *Relaciones de la Península Ibérica con el Magreb (siglos XIII-XVI)*. Actas del Coloquio (Madrid, 17-18 diciembre, 1987). Ed. con una intr. por M. García-Arenal y María J. Viguera. Madrid, CSIC-IHAC, 1988.

(7) Cfr. Arié, R., *L'Espagne musulmane*, pp. 68-83; la misma, *España musulmana*, pp. 38-39; Ibn al-Jaṭīb, *al-Iḥāṭa*, I, pp. 556-566; y, el mismo, *al-Lamḥa*, páginas 59-60.

(8) Cfr. Torres Delgado, *El antiguo reino*, p. 156. Sobre las graves crisis intestinas que aceleraron el fin del reino nazarí, véase: Arié, R., *L'Espagne musulmane*, páginas 129-178; y, la misma, *España musulmana*, pp. 41-44.

a menudo bajo forma de horticultura—, y el pastoreo —más propio de los granadinos de sierra y frontera— (16).

A mediados del siglo XIV se produjo un hecho que incidiría de un modo significativo en la demografía granadina, la llegada de la Peste Negra que asolaba todo el occidente europeo por aquellos años y que iba a causar grandes estragos entre los habitantes de Granada (17).

En los primeros años del siglo XV la política de los reyes cristianos se mostró más hostil y frenó las emigraciones hacia Granada o el Norte de Africa, ya que esto habría provocado un despoblamiento de sus propias tierras. La emigración hacia el reino de Granada se reprimió severamente en 1479, favoreciéndose las conversiones al cristianismo, y todas las comunidades musulmanas pasaron a ser vasallas de la Corona de Castilla (18).

III. La cultura

Consecuencia lógica de todos los problemas y perturbaciones que la Reconquista cristiana ocasionó entre los habitantes de al-Andalus, tanto a nivel político como social, es la escasez de fuentes que nos permitan analizar en profundidad todos los movimientos científicos y culturales que se desarrollaron durante los siglos XIII y XIV. Del mismo modo, es escasa la bibliografía que existe a este respecto. Por ello, este último apartado —que realmente es el que da título al presente trabajo— incluye las principales noticias de aquellos personajes musulmanes que cultivaron la ciencia —y, especialmente, la medicina— en esta última etapa del Islam andalusí (19), puesto que la ciencia cristiana del

(16) Cfr. Ladero Quesada, *Granada*, p. 52.

(17) Véase, en este mismo volumen, Llavero Ruiz, E., «Enfermedades epidémicas en la Granada nazarí: la peste y su tratamiento quirúrgico».

(18) Cfr. Arié, R., *L'Espagne musulmane*, pp. 311-314; Galán Sánchez, A., *Los mudéjares del reino de Granada*. Granada, Universidad-Diputación Provincial, 1991; y López de Coca Castañer, J. E., *El Reino de Granada en la época de los Reyes Católicos: Repoblación, Comercio, Frontera*. 2 vols., Granada, Universidad, 1989.

(19) Debo advertir que la bibliografía que se va a citar para cada uno de estos personajes, no es, en modo alguno, exhaustiva. Mi objetivo principal es extraer las noticias contenidas en la *Ih̄āṭa* de Ibn al-Jaṭīb —quien también forma parte del repertorio— sobre los sabios musulmanes que tuvieron algún tipo de relación con la Granada nazarí. Sólo en casos muy específicos se amplía esta biografía o se re- =

Los monarcas aragoneses admitieron, desde un primer momento, que el pueblo mudéjar constituía una unidad racial que se desvivía por la supervivencia de su peculiar organización y al que había que respetar. Sin embargo, no fue posible mantener una convivencia pacífica durante mucho tiempo, dados los distintos intereses de ambas partes.

Tras diversos conflictos, finalmente, la rebelión mudéjar de 1264 en Murcia y las sublevaciones valencianas de 1254 y 1276 acabaron con los intentos de los soberanos cristianos y acarrearón el éxodo de los musulmanes hacia el reino nazarí de Granada, atraídos por la seguridad y el buen gobierno que proporcionaba Ibn Al-Ahmar. Este monarca dio orden para que todos ellos fuesen acogidos con la consideración que sus desgracias merecían, les concedió exención de tributos por algunos años y procuró aliviarlos por todos los medios, para ganar útiles vecinos que acrecentasen las riquezas y la fuerza del estado (13).

Como consecuencia de estas emigraciones, se triplicó la población granadina y llegó a haber, incluso, carestía de viviendas urbanas. Se afirma que habitaban en Granada, durante esta época, unas 200.000 personas. Esta cantidad se ve incrementada de forma desorbitada entre los autores contemporáneos o posteriores a la conquista de los Reyes Católicos, y la razón es clara: mayor era la gloria y la fama cuando más grande era el número de los vencidos. De cualquier manera, hacer un estudio demográfico de la Granada nazarí es algo que escapa a los conocimientos actuales (14) y a los intereses de este trabajo.

Fuera de las grandes ciudades y dejando aparte los grupos de población militar (15), vinculados por lo general a nombres de linajes dominadores, las actividades que daban realmente cohesión a los grupos sociales eran la agricultura —practicada muy

(13) Cfr. Arié, R., *L'Espagne musulmane*, pp. 306-307; la misma, *España musulmana*, p. 181; Lafuente Alcántara, *Historia de Granada*, II, pp. 321-322; III, páginas 97-98; y Roca Traver, «Un siglo de vida mudéjar», pp. 153-161.

(14) Cfr. Ladero Quesada, M. A., *Granada. Historia de un país islámico. 1231-1571*. 3.^a ed. revisada y ampliada, Madrid, Ed. Gredos, 1989, pp. 44-47; y Torres Balbás, «Esquema demográfico». Sobre la población granadina y sus linajes, véase Arié, R., *L'Espagne musulmane*, pp. 301-304.

(15) Sobre la organización militar en la Granada nazarí, puede verse Arié, R., *L'Espagne musulmane*, pp. 229-276.

otras regiones más o menos alejadas del peligro. Algunos musulmanes se desplazaron al Norte de Africa, pero otros muchos, que se resistían a abandonar la patria donde habían nacido, se fueron instalando en ciudades situadas más al sur, como Murcia y Granada (9).

Los trastornos demográficos provocados por la Reconquista fueron considerables. Muertos, emigrados, inmigrantes y cautivos son difícilmente evaluables en la Edad Media. No obstante, se puede aventurar que el número de emigrados a tierras del Islam fue muy elevado (10).

En mayor o menor grado, toda la zona levantina sintió los efectos de la emigración. Sin embargo, una gran parte de la población islámica se quedó en sus lugares de origen aunque debieron aceptar unas condiciones de vida semejantes a la de otros «mudéjares» (*mudaǧǧān*) —es decir, «los que son autorizados a quedarse en los territorios conquistados», también llamados los «tributarios»— (11). Concretamente, debían cumplir con dos obligaciones básicas: una de tipo económico, como era el pago de cierto tributo anual, y otra de índole jurídica, como era el juramento del vasallo a su nuevo señor (12).

(9) Cfr. Molina López, E., «Dos importantes privilegios a los emigrados andalusíes en el Norte de Africa en el siglo XIII, contenidos en el *Kitāb Zawāhīr al-Fīkar* de Muḥammad b. al-Murābiṭ», *Cuadernos de Historia del Islam*, 9 (1978-1979), páginas 5-28, p. 14; y, el mismo, «Algunas consideraciones sobre los emigrados andalusíes», *Homenaje al profesor Darío Cabanelas Rodríguez, o. f. m., con motivo de su LXX aniversario*. 2 vols., Granada, Universidad, 1987, I, pp. 419-432.

(10) Barceló Torres, C., *Minorías Islámicas en el país valenciano. Historia y dialecto*. Valencia, Universidad de Valencia-IHAC, 1984, p. 64.

(11) Sobre la etimología de la palabra mudéjar, véase: Dozy, R. P. A. & Engelmann, W. H., *Glossaire des mots espagnols et portugals dérivés de l'arabe*. Deuxième édition, revue et très-considérablement augmentée, Amsterdam, Apa-Oriental Press, 1982 [Reimpresión de Leyden, E. J. Brill, 1869], pp. 321-322 (s. v. Mudéjar); *Vocabulista in arabico*, publicado proli a prima volta sopra un codice della biblioteca Riccardiana di Firenze da C. Schiaparelli, Firenze, 1871, pp. 181-615 (s. v. *mudaǧǧān*). Sobre la situación histórico-política de este grupo, puede verse: Burns, R., «Los mudéjares de la Valencia de las cruzadas: un capítulo olvidado de la historia islámica», *Sharq al-Andalus*, 1 (1984), pp. 15-34. y Mu'nis, H., *Asnā al-mutāǧǧīr fī bayān aḥkām min galīb 'alā waṭni-hī al-naṣārā wa lam yahāǧīr*, *Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos*, 5 (1957), pp. 129-191 (sección árabe), especialmente, pp. 139 y ss.

(12) Cfr. Roca Traver, F., «Un siglo de vida mudéjar en la Valencia medieval (1238-1338)», *Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón*, 5 (1952), pp. 115-208, p. 153.

siglo XIII es una mera transposición de la musulmana contemporánea (20), a la que tenían acceso gracias a las valiosas traducciones que se venían realizando en la Escuela de Traductores de Toledo desde el siglo anterior (21).

A mediados del siglo XIII, por ejemplo, son traducidas al latín dos obras máximas de la literatura médica andalusí: el **Kitāb al-Kulliyāt** («Libro de las Generalidades») de Averroes (520/1126-595/1198) y el **Kitāb al-Taysīr** («Libro de la Simplificación») de Avenzoar (c. 484/1092-557/1162) (22).

Así pues, podemos considerar el siglo XIII como el siglo de las traducciones en el que comienza a declinar, junto con él poder político, la ciencia árabe (23). Uno de los principales motivos que contribuyó a este declive fue el hecho de que muchos letrados y hombres de ciencia se vieran obligados a abandonar la Península debido al avance cristiano, como hemos visto anteriormente.

La figura más representativa de esta época es Ibn al-Bayṭār, botánico y farmacólogo originario de Málaga, donde nació a finales del siglo VI/XII. A él debemos la gran enciclopedia de farmacología titulada **Kitāb al-Ŷāmi' li-mufradāt al-adwiya wa-l-ag-**

== coge información sobre alguna otra personalidad relevante en el mundo de la ciencia, durante el último tercio del siglo XIII y la primera mitad del XIV, aunque no esté relacionada directamente con Granada.

La edición de la **Iḥāṭa** utilizada, salvo que se especifique lo contrario, será la mencionada *supra* en la nota número 1.

(20) Sobre los conocimientos que los cristianos tenían de la lengua árabe, puede verse: Vernet Ginés, J., «El mundo cultural de la Corona de Aragón con Jaime I», **Estudios sobre historia de la ciencia medieval**, Barcelona-Bellaterra, 1979, páginas 71-94, especialmente, pp. 71-72.

(21) Cfr. Menéndez Pidal, R., «España y la introducción de la ciencia árabe en Occidente», **Revista del Instituto Egipcio de Estudios Islámicos**, 3 (1955) páginas 13-14, especialmente, pp. 15-17 y 26-30.

(22) Cfr. Vernet Ginés, J., **La cultura hispano-árabe en Oriente y Occidente**, Barcelona, Ed. Ariel, 1978, p. 257.

Sobre estas dos obras, cfr. Ibn Rušd: **Kitāb al-Kulliyāt fi l-ḥibb**. Ed. crítica por J. M.^a Fórneas y C. Alvarez de Morales (2 vols., Madrid, CSIC, 1987) y Ed. crítica de Sa'īd Šaybān y 'Ammār al-Ṭālibī (1 vol., al-Hay'a al-Miṣriyya al-Āmma li-l-Kitāb, 1989); e Ibn Zuhr, **Kitāb al-Taysīr fi l-mudāwāt wa-l-tadbīr**. Ed. Muḥammad b. 'Abd Allāh al-Rawdānī. Rabat, Académie du Royaume du Maroc, 1991. También, puede verse, Peña, C.... [et Al.], «Corpus medicorum arabico-hispanorum», **Awraq**, 4 (1981), pp. 79-111, núm. 23 (pp. 89-91) y núm. 26 (pp. 92-94) —donde se recogen los principales manuscritos, ediciones y traducciones de ambas obras.

(23) Sobre las diferentes ciencias cultivadas en el siglo XIII, véase: Vernet, **La cultura hispano-árabe**, pp. 172-271.

diya («Recopilación de medicamentos y alimentos simples»), que incluye el estudio de 1400 simples, pertenecientes al reino animal, vegetal y mineral, ordenados alfabéticamente. En este estudio están recogidas sus propias observaciones y las de otros 150 autores, aproximadamente (24). Ibn al-Bayṭār murió en Damasco el año 646/1248 (25).

Pertenece, también, al siglo XIII Abū Yaḥyà Muḥammad b. Riḍwān, gran conocedor del cálculo, la astronomía y la geometría, además de lingüista, lexicógrafo y genealogista. Era natural de Guadix, donde ejerció el cargo de cadí, pasando después a desempeñarlo en Purchena, y, según nos informa al-Jaṭīb, era una persona de conducta intachable. Compuso diversas obras sobre astronomía y genealogía, entre otras materias. Murió el año 657/1259 (26).

(24) Cfr. Ibn al-Bayṭār, *Tanqīḥ al-Yāmi' li-mufradāt al-adwiya wa-l-agḍiya (Tratado des simples d'Ibn al-Bayṭār de Malaga)*. Ed. M. al-'Arbī al-Jaṭṭābī, Beirut, Dār al-Garb al-Islāmī, 1990; y, el mismo, *Traité des Simples*. Traduction de L. Leclerc. 3 volúmenes, París, IMA, 1987 [Reproducción de París, Imprimerie National, 1877-1883].

(25) Para más detalles sobre este autor, puede verse: Carrillo, J. L. y Torres, M.^a P., *Ibn al-Baytar y el arabismo del XVIII*. Ed. trilingüe del prólogo de su «Kitāb al-Chami». Benalmádena-Málaga, 1982; Meyerhof, M., *Šarḥ asmā' al-uqqār (L'Explication des noms de drogues)*. Un glossaire de matière médicale composé par Maimonide, El Cairo, Institut Française d'Archéologie Orientale, 1940, pp. 34-36; y Vernet, J., «Ibn al-Bayṭār», *E. I.²*, III, p. 737.

(26) Existen variantes con respecto a la fecha de muerte de este personaje: algunos autores la sitúan en el 657 H., mientras que otros lo hacen en el 757 H. Según he podido comprobar, el fallo de la noticia está en su misma fuente ya que encontramos la última fecha en la edición de la *Iḥāta* realizada por 'Inān (vol. II, páginas 141-143), lo que ha inducido a error a todos los que lo han seguido, por ejemplo: Arié, R., *L'Espagne musulmane*, p. 429; la misma, *España musulmana*, página 420; Pons Boigues, F., *Los historiadores y geógrafos árabe-españoles, 800-1450 A. D. Ensayo de un diccionario bio-bibliográfico*. Amsterdam, Philo Press, 1972 [Reimpresión de Madrid, 1898], núm. 286, pp. 329-330.

En otra edición de la *Iḥāta* (*Kitāb al-Iḥāta fi al-jar Garnāta*. 2 tomos en 1 vol., El Cairo, 1319 H.), en cambio, se dice (t. II, pp. 100-101) que Ibn Riḍwān murió en 657 H., y así lo reproducen, entre otros autores: Kaḥḥāla, 'U. R., *Mu'jam al-mu'aḥḥin. Tarāyīm muṣannifi l-kutub al-'arabiyya*. 15 vols., Beirut, al-Mutanānā, 1957-1961, IX, p. 318; al-Suyūṭī, *Buḡyat al-wu'āt fi tabaqāt al-lugawiyyin wa-l-nuḥat*, El Cairo, 1326 H., p. 42; y al-Ziriklī, *al-A'lām, qāmūs tarāyīm li-aṣḥar al-rīāl wa-l-nisā' min al-'arab wa-muta'rībīn wa-l-mustaṣriqīn*. 3.^a ed. 13 vols. con suplemento., Beirut, 1969-1970, VI, p. 361.

Existen dos razones fundamentales para dar la validez al año 657 frente al 757: la primera, es el hecho de que uno de los maestros de Ibn Riḍwān, Abū l-Karm Ūḍī b. 'Abd al-Raḥmān, hubiera muerto el año 631/1234 (cfr. Ibn al-Abbār, *Kitāb =*

Aunque, como hemos dicho, en esta época la ciencia árabe comienza a declinar, todavía encontramos en el período nazarí una buena representación de la misma. Tal es el caso de Abū 'Abd Allāh Muḥammad b. Ibrāhīm, más conocido como Ibn al-Raqqām, quien, originario de Murcia, se había establecido en Granada en tiempos de Muḥammad II (671/1273-701/1302). Era buen conocedor del cálculo, la geometría, la medicina y la astronomía, y compuso numerosas obras sobre estos temas. Murió, con bastante edad, en Granada el año 715/1315 (27).

También originarios de Levante eran Abū 'Alī Ḥasan b. Muḥammad b. Bašo, conocido como al-Mu'addil, y su hijo Abū Yā'far Aḥmad al-Islāmī (28). Ambos ejercieron el cargo de **muwaqqit** («el que observa e indica la hora de la oración») en la mezquita mayor de Granada, y eran buenos conocedores del cálculo y la astronomía. El primero de ellos construyó relojes de sombra, cuadrantes solares y otros instrumentos de óptica, y murió en Granada el año 709/1309-1310.

Otro personaje ilustre fue el granadino Abū Yā'far Aḥmad b. Muḥammad al-Anṣārī, más conocido como al-Ḥibālī, contemporáneo de Ibn al-Jaṭīb. Era buen conocedor de la agrimensura, el cálculo y otras ciencias experimentales, y practicaba de modo especial la astrología. Entre sus predicciones se encuentra el haber indicado a Abū Sa'īd el Bermejo —quien gobernaría años después con el nombre de Muḥammad VI (761/1360-763/1362)— el día más apropiado para revelarse contra Muḥammad V (755/1354-760/1359; 763/1362-793/1391). Igualmente, había anunciado que este monarca gozaría de un segundo reinado, lo que sería la desgracia de Aḥmad, ya que fue azotado y desterrado a Túnez el año 763/1362 (29).

Entrando ya en el campo de la medicina, que es el que me in-

= **al-Takmilā li-kitāb al-ṣila**. Ed. F. Codera et Zaydin, tomos V-VI de la **BAH**, Madrid, 1889, núm. 8, p. 9); y, la segunda, es que otro discípulo de Abū l-Karm, Abū Ishāq Ibrāhīm b. Muḥammad, había nacido el año 562/1167 ó 563/1168 (cfr. Ibn al-Jaṭīb, **al-Iḥāṭa**, I, pp. 367-371).

(27) Cfr. Ibn al-Jaṭīb, **al-Iḥāṭa**, III, pp. 69-70.

(28) Cfr. Ibn al-Jaṭīb, **al-Iḥāṭa**, I, pp. 648-204, respectivamente. Véase también el trabajo que H.-P.-J. Renaud dedicó a esta familia: «Notes critiques d'histoire des sciences chez les musulmans. Les Ibn Bāšo». **Hesperis**, 24 (1937), pp. 6-8, donde se explica el **nasab Bāšo** y se rectifica el **laqab** del padre.

(29) Cfr. Ibn al-Jaṭīb, **al-Iḥāṭa**, I, pp. 205-206.

teresa de un modo especial, contamos también con un buen número de sabios que cultivaron o practicaron esta materia. Entre ellos podemos citar, en primer lugar, a otro sabio que también procedía de Murcia y que, según parece, fue uno de los principales maestros de la que se ha venido a denominar «escuela granadina de medicina» junto al ya mencionado Ibn al-Raqqām (30); se trata de Abū Bakr Muḥammad b. Aḥmad al-Riqūṭī al-Mursī, filósofo y médico, buen conocedor de la lógica, la geometría, el cálculo, la música y con gran dominio de las lenguas. Gozaba de la admiración y estima del rey Alfonso X (1252-1284), quien tras la conquista de Murcia, mandó construir una escuela en la que pudiera enseñar a los musulmanes, cristianos y judíos. Posteriormente, al-Riqūṭī fue mandado llamar por Muḥammad II, rey de Granada, quien lo instaló en su residencia, donde enseñaba medicina y otras disciplinas en las que nadie podía competir con él (31).

Uno de los discípulos de al-Riqūṭī fue Aḥmad b. Muḥammad al-Karnī, granadino y, también, médico de la casa real. Conocía de memoria muchos textos médicos y era muy acertado en sus tratamientos; con él estudiaron muchos de los médicos granadinos, entre los que se encuentra Ibn al-Sarrāy —de quien nos ocuparemos a continuación—. Al-Karnī murió después de 690/1291 (32).

Ibn al-Sarrāy era el nombre por el que se conocía a Abū 'Abd Allāh Muḥammad b. Ibrāhīm b. 'Abd Allāh b. Aḥmad al-Anṣārī. Había nacido en Granada el año 654/1256, aunque su familia procedía de Toledo. Fue médico de la casa real y un gran poeta; dominaba además la literatura, los comentarios coránicos y la botánica —por su dedicación a herborizar por los campos conocía las diferentes especies de las plantas—. Ibn al-Jaṭīb nos describe a Ibn al-Sarrāy como un hombre apuesto, sencillo, fácil de tratar, de una gran generosidad, con buena memoria, dotado de un agudo ingenio, amigo de las bromas y tenido en gran consideración por sus conciudadanos. Compuso numerosas obras, entre las que podemos destacar un libro sobre botánica titulado **Kitāb al-Nabāt**

(30) Cfr. Puig, R., «Ciencia y técnica en la *Ihāta* de Ibn al-Jaṭīb. Siglos XIII y XIV», *Dynamis*, 4 (1984), pp. 66-69.

(31) Cfr. Ibn al-Jaṭīb, *al-Ihāta*, III, pp. 67-68; y Samsó, J., «Dos colaboradores científicos musulmanes de Alfonso X», *LLULL*, 4 (1981), pp. 171-179.

(32) Cfr. Ibn al-Jaṭīb, *al-Ihāta*, I, pp. 206-207.

(«Libro de las plantas») y otro histórico-geográfico sobre las excelencias de Granada (**Fadā'il Garnāṭa**) (33).

A pesar del prestigio que tenía Ibn al-Sarrāy, un incidente con los cuidadores de Muḥammad II —cuando estaba el sultán a punto de morir— le costó la cárcel y el destierro, ya que al ser interrogado —nuestro médico— acerca de los alimentos que iba a tomar el monarca, respondió con acritud por desconfiar que lo estuviesen envenenando. Tras algún tiempo en el Norte de África, regresó Ibn al-Sarrāy a Granada, donde murió el año 730/1330 (34).

Otro médico de la casa real era Abū Mūsā 'Īsā b. Muḥammad b. 'Īsā Ibn Sa'āda que, procedente de Loja, se había establecido en Granada, donde realizó sus estudios y tuvo como maestro al ya mencionado Abū Bakr al-Riqūṭī. Desempeñó el cargo de cadí en su ciudad natal, y murió en Granada el año 728/1328 (35).

Personaje ilustre y apacible, según las palabras de Ibn al-Jaṭīb, era Abū Tammām Gālib b. 'Alī b. Muḥammad al-Šaqūri, descendiente de una familia de sabios y médicos de origen árabe establecida en la región del río Segura, en el Levante peninsular. Residía en Granada, desde donde se trasladó a Oriente para realizar la peregrinación y estudiar medicina en el **maristān** (36) de El Cairo. Al regresar a su país entró al servicio de los príncipes nazaríes y, más tarde, pasó al Norte de África, donde sirvió a los meriníes, y desempeñó el cargo de almotacén (37). Murió en Ceuta a comienzos del año 741/1340 (38).

Nieto y discípulo de Abū Tammām era Abū 'Abd Allāh Mu-

(33) Cfr. Ibn Ḥaṣar al-'Asqālāni, **al-Durar al-kāmina fi a'yān al-mi'a al-fāmina**. Segunda edición, 6 vols., Hyderabad, al-Dā'ira al-Ma'ārifī l-Osmania, 1972-1976, V, número 761, p. 11; Kaḥḥāla, **Mu'jam**, VIII, p. 207; Pons Boigues, **Los historiadores**, número 272, p. 319; y al-Zirikī, **al-A'lām**, VI, p. 188.

(34) Cfr. Ibn al-Jaṭīb, **al-Iḥāṭa**, III, pp. 160-162.

(35) Cfr. Ibn al-Jaṭīb, **al-Iḥāṭa**, IV, pp. 235-236.

(36) Abreviatura de **bimāristān**, palabra que procede del persa **bimār** (enfermedad) más el sufijo **istān**, que designa lugar; en la actualidad se emplea esta palabra para denominar un manicomio. Sobre los hospitales en el Occidente musulmán, puede verse: Colin, G., «Bismāristān» E. I.², I, pp. 1224-1225.

(37) Del árabe **muḥtasib**: inspector. Sobre este cargo y la concepción que del mismo se tenía en la España musulmana, véase: Chalmeta Gendrán, P., **El «señor del zoco» en España: Edades Media y Moderna. Contribución al estudio de la historia del mercado**, Madrid, IHAC, 1973, pp. 246-253.

(38) Cfr. Ibn al-Jaṭīb, **al-Iḥāṭa**, IV, pp. 240-241; y Renaud, H.-P.-J., «Un médecin du royaume de Grenade Muḥammad aš-Šaqūri», **Hesperis**, 33 (1946), pp. 31-64.

hammad, más conocido por al-Šaqūrī, nisba de su abuelo. Había nacido el año 727/1327 y compuso varias obras de medicina entre las que podemos destacar la *Tuḥfat al-mutawassil* («Colección de recomendaciones») y el *Kitāb al-Našīḥa* («Libro del buen consejo»), uno de los pocos tratados que se han escrito sobre la peste de 1348. Murió alrededor del año 771/1369 (39).

Otro de los maestros de Muḥammad al-Šaqūrī fue Abū Zakariyā' Yaḥyā b. Aḥmad b. Huḍayl al-Tuḡībī, quien, según las palabras de Ibn al-Jaṭīb —también discípulo suyo— fue el último de los intelectuales de al-Andalus. Ibn Huḍayl, además de la medicina, dominaba la geometría, la astronomía, el cálculo, los principios del derecho y la literatura. Entre las obras que compuso podemos resaltar los de contenido poético y médico. Fue médico de la casa real al final de su vida y murió el año 753/1352 (40).

Otro discípulo de Ibn Huḍayl fue el ya mencionado Aḥmad b. Muḥammad al-Anṣ'ārī, quien compartía su actividades de astrólogo con las de médico.

Malagueño ilustre y conocedor de los medicamentos, aunque no gozó de tanta fama como Ibn al-Bayṭār, fue Abū 'Alī Ḥasan b. Muḥammad b. Ḥasan al-Qaysī, más conocido como al-Qalnār. Según nos informa Ibn al-Jaṭīb, fue uno de los últimos médicos importantes de su ciudad, sabía de memoria muchas cuestiones médicas y recetas de medicamentos, y gozaba de una gran experiencia. Su gran afición a la agricultura hizo que dedicara su vida a este arte, lo que, unido a su labor de herborización, le llevó a adquirir gran conocimiento de las plantas. En el año 752/1351 intentó realizar la *tríaca al-Fārūq* (41) en las dependencias rea-

(39) Cfr. Arié, R., «Un opuscule grenadin sur la peste noire de 1348: La "Našīḥa" de Muḥammad al-Šaqūrī», *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas*, 3 (1967), pp. 189-199; Ibn al-Jaṭīb, *al-Iḥāṭa*, III, pp. 177-179; al-Jaṭṭābī, M. A., *Abū 'Abd Allāh Muḥammad al-Šaqūrī al-Lajmī wa-ta'rifu-hu fi l-ḡihāz al-ḥaḍmī wa-'llal al-ishāl*, en *al-Ṭibb wa-l-aṭibbā' fi l-Andalus al-Islāmiyya*, 2 vols., Beirut, Dār al-Garb al-Islāmī, 1988, II, pp. 239-285; y Renaud, «Un médecin du royaume».

(40) Cfr. Ibn al-Jaṭīb, *al-Iḥāṭa*, IV, pp. 390-401.

(41) Esta tríaca es la más sublime de los medicamentos compuestos ya que, además de combatir las intoxicaciones producidas por mordeduras o picaduras de animales venenosos, tiene otras múltiples utilidades. Estaba compuesta de más de 60 drogas, véase: Anawati, G. C., «Le traite d'Averroes sur la theriaque et ses antecedents grecs et arabes», *Quaderni di Studi Arabi*, 5-6 (1987-88), pp. 26-48, especialmente, pp. 42-44 (donde se habla de la composición de esta tríaca); Koning, =

les, pero los terribles resultados obtenidos con su experimento le costaron la vida (42).

Caso curioso es el de la lojeña Umm al-Ḥasan, hija del cađı Abū Ya'far al-Ṭanṣālī, dado lo excepcional que resulta encontrar incluida a una mujer en un repertorio bibliográfico de esta entidad. Ibn al-Jaṭīb nos la describe como una persona de excelentes cualidades y con muchas inquietudes intelectuales. Umm al-Ḥasan había estudiado medicina con su padre, y llegó a comprender las principales propiedades y finalidades de esta ciencia. Era, además, buena recitadora del Corán y poetisa (43).

A pesar de que todos los médicos mencionados adquirieron un gran renombre, las figuras más representativas de la medicina en el siglo XIV, además del mencionado Muḥammad al-Šaḡūrī, son Ibn al-Jaṭīb, Ibn Jātima y Muḥammad al-Šaḡra.

En el caso de Ibn al-Jaṭīb, la afición a la ciencia era algo que había heredado de sus antepasados, al igual que sus dotes de predicador y político —su familia era conocida por los Banū Wazīr y los Banū Jaṭīb— (44).

Abū 'Abd Allāh Muḥammad b. 'Abd Allāh b. Sa'īd b. 'Abd Allāh al-Salmānī, más conocido como Lisān al-Dīn Ibn al-Jaṭīb, había nacido en Loja el año 713/1313, y se desplazó para realizar sus estudios a la capital granadina. Era un hombre de gran inteligencia y sagacidad que supo simultanear su vida intelectual con la política, a pesar de las numerosas vicisitudes que rodearon su existencia. Compuso un gran número de obras sobre temas muy diversos: historia, geografía, correspondencia diplomática, biografías, literatura, medicina, etc., de las que sólo se conservan 32 títulos (45). La obra que más fama le ha dado ha sido su *Kitāb*

= P. de, *Traité sur le calcul dans la vessie* par Abū Bekr al-Rāzī. Frankfurt, 1986 [Reimpresión por F. Sezgin de Leiden, 1896], pp. 284-285 (donde se indican los ingredientes a partir de la farmacopea de Avicena (370/980-428/1037); y Meyerhoh, M., «Esquisse d'histoire de la pharmacologie et botanique chez les musulmans d'Espagne», *Al-Andalus*, 3 (1935), p. 10, nota 18.

(42) Cfr. Ibn al-Jaṭīb, *al-Iḥāfa*, I, pp. 467-468.

(43) Cfr. Ibn al-Jaṭīb, *al-Iḥāfa*, I, pp. 430-431.

(44) Cfr. Ibn al-Jaṭīb, *al-Iḥāfa*, II, pp. 386-390, en la biografía de su padre.

(45) Cfr. Bosch-Vilá, J., «Ibn al-Jaṭīb», *E. I.*², III, pp. 835-837; el mismo, «Ben al-Jaṭīb y Granada», Separata del *Boletín de la Asociación Cultural Hispano-Alemana*, Granada, 1980; Ibn al-Jaṭīb, *'Amal man ṭabba li-man ḥabba*. Texto árabe con glosario, editado por M.^a C. Vázquez de Benito, Salamanca, Universidad, 1972, páginas 11-16, donde se analizan las obras médicas; y al-Jaṭṭābī, M. A., *Ibn al-Jaṭīb al-Salmānī wa-kitābu-hu al-Uṣūl il-ḥifz al-ṣiḥḥa fi l-fuṣūl*, en *al-Ṭibb wa-l-aṭibbā' fi l-Andalus al-Islāmiyya*. 2 vols. Beirut, Dār al-Garb al-Islāmī, 1988, II, pp. 189-238.

al-Iḥāṭa fī ta'rīj Garnāṭa, claro exponente del quehacer literario, geográfico e histórico del autor, y que nos está sirviendo para elaborar esta pequeña historia de la ciencia durante los siglos XIII y XIV.

Entre sus obras médicas podemos destacar un tratado sobre la peste que asoló a la ciudad de Granada en 1348 (46), un tratado de patología general y especial, un poema sobre medicina, una obra sobre alimentación e higiene y un tratado sobre medicina, aunque también se le atribuyen otra serie de obras sobre triaca, embriología y veterinaria. Ibn al-Jaṭīb murió estrangulado en su destierro de Fez el año 775/1374, y ni siquiera después de enterrado pudo descansar tranquilo, ya que desenterraron su cadáver y quemaron sus huesos.

Contemporáneo y amigo de Ibn al-Jaṭīb fue Abū Ya'far Aḥmad b. 'Alī b. Muḥammad al-Anṣārī, más conocido por Ibn Jātima, nombre de uno de sus antepasados. Había nacido en Almería, donde pasó la mayor parte de su vida. En 751/1350 visitó Granada y allí, gracias a su amistad con Ibn al-Jaṭīb —quien le dedica una amplia biografía en la **Iḥāṭa** (47)—, se relacionó con los personajes más eminentes de este reino.

Hombre de letras, poeta, historiador, médico y gramático escribió diversas obras relacionadas con estas cuestiones. De todas sus composiciones, interesa mencionar aquí de modo especial el tratado sobre la peste, pues es la más extensa de todas las obras árabes compuestas o sobre este tema (48). Murió, Ibn Jātima, el año 770/1370.

Cierra esta relación de médicos Muḥammad al-Šafra, a quien podemos considerar como «la última figura de la cirugía en al-Andalus». Su nombre completo era Abū 'Abd Allāh Muḥammad b. 'Alī b. Faraḡ al-Qirbilyānī, más conocido por el sobrenombre

(46) Véase, en este mismo volumen, Llavero Ruiz, «Enfermedades epidémicas», p. 2.

(47) Cfr. Ibn al-Jaṭīb, **al-Iḥāṭa**, I, pp. 239-259. Sobre este personaje puede verse, además: Ibn Jātima, **El Diwān de Ibn Jātima de Almería (Poesía arabigoandaluza del siglo XIV)**. Introd. y trad. por S. Gibert, Barcelona, Universidad, 1975, especialmente, pp. 1-26; al-Jaṭībī, M. A., **Ibn Jātima al-Anṣārī wa-kitābu-hu fi waṣf waba' al-ṭā'ūn** (en **al-ḥibb wa-l-aṭibbā' fī l-Andalus al-Islāmiyya**, 2 vols. Beirut, Dār al-Ḡarb al-Islāmi, 1988, II, pp. 151-188; y López, E. M., «La obra histórica de Ibn Jātima de Almería. Los datos geográfico-históricos», **al-Qanṭara**, 10 (1988), pp. 151-173.

(48) Véase, en este mismo volumen, Llavero Ruiz, «Enfermedades epidémicas», pp. 2-3.

de al-Šafra, posiblemente en honor de su habilidad manual como cirujano, ya que esta palabra significa: el cuchillo, la navaja.

Originario, como tantos otros sabios, de la zona levantina —donde su padre lo inició en las cuestiones médicas y el arte de reducir fracturas—, se instaló en Granada para continuar sus estudios con algunos de los ilustres médicos que residían en la capital granadina, entre los que podemos destacar al ya mencionado Ibn al-Sarrāy. Fue médico personal del sultán Abū l-Ŷuyūy Našr (708/1309-713/1314), aunque también realizó curas fuera del servicio del sultán y de la capital del reino. Además, era buen conocedor de las plantas, de las cuales se servía para realizar muchos de sus tratamientos.

De sus obras sólo conocemos el *Kitāb al-Istiqṣā' wa-l-librām fi 'ilāy al-ġirāhāt wa-l-awrām* («Libro de la indagación y la verificación del tratamiento de las heridas y los tumores»), que tiene como finalidad principal orientar y enseñar a todos aquellos que, dedicados a practicar la cirugía, no conocen los fundamentos específicos del arte de la medicina (49). Al-Šafra murió en Granada, a su regreso del Norte de Africa, el año 761/1360.

Creo que las biografías aportadas en este último capítulo —que no son nada más que un breve ejemplo de lo que podemos conseguir si nos dedicamos a estudiar con más detalle las obras de la época— demuestran que la ciencia árabe todavía es capaz de dar muestra del esplendor manifestado en los siglos precedentes, y que si se va extinguiendo es por los avatares políticos que obligan a sus representantes a abandonar sus modos y medios de vida habituales.

ELOISA LLAVERO RUIZ

(49) Cfr. Llaveró Ruiz, E., *Un tratado de cirugía hispano-árabe del siglo XIV. «El Kitāb al-Istiqṣā'» de Muḥammad al-Šafra*. Edición crítica y traducción española con glosario de términos técnicos y sustancias. 2 vols., Granada, Universidad, 1989 (microficha).

جمهورية مصر العربية - وزارة التعليم العالي - الادارة العامة للتمثيل الثقافي

مِجَلَّةُ المَعْرِدِ المِصْرِيِّ

لِلدِّرَاسَاتِ الإِسْلَامِيَّةِ فِي مَدْرِيدَ

مدن الأندلس : «غرناطة»



عدد خاص

١٩٩٦ ، الذكرى الأولى لعيد المستعربين الإسبان

الأستاذ اميليو جارثيا جومث